

LA PARTICIPACIÓN EN EL GOBIERNO HISPANO DE LAS MUJERES DE LA FAMILIA DE CARLOS I DE ESPAÑA

Cristina Segura Graiño
Universidad Complutense de Madrid

1. INTRODUCCIÓN

La magnífica figura de CAROLUS, el rey Carlos I de España y el V como emperador de Alemania, ha sido tan potente que ha oscurecido a las personas de su familia que convivieron con él, colaboraron y participaron en su obra, aunque las intervenciones y logros de estas personas no han tenido la valoración merecida y, en muchos casos, sus éxitos se han considerado, sin base científica, como obras solo del Emperador. Este oscurecimiento de las actuaciones políticas de las mujeres de su familia, sobre todo de sus hermanas e hijas, se debe, sin duda, a que ellas eran mujeres, aunque su preocupación por el reino y por el gobierno no fue inferior a la de los hombres de la familia, pero el ser mujeres las postergaba en relación a sus hermanos, sobrinos e, incluso hijos, aunque algunos fueran más incompetentes que ellas. Estas mujeres hijas y/o nietas de Isabel I de Castilla siguieron el ejemplo de la Católica e intervinieron con acierto en la gobernanza y el bien del Reino. No voy a cuestionar que la obra de Carlos V fuera o no trascendente para toda Europa, pero, precisamente por ello, sus actuaciones en los Reinos Hispanos sólo han tenido el reconocimiento requerido en los casos muy destacables y, sobre todo, esto es lo que me interesa, la mayor parte de la política referida a la Península Ibérica descansó, en buena parte, en las manos de las mujeres de su familia, su mujer la emperatriz Isabel y, sobre todo, sus hermanas, nietas de Isabel la Católica y que, desde mi punto de vista, tuvieron a la Católica como modelo y heredaron su preocupación y buen hacer por la cosa pública.

En este escrito pretendo demostrar las magníficas dotes para la política y la preocupación por la gobernanza de estas mujeres, las hermanas de Carlos I/V. Leonor (1498-58), Reina de Portugal y de Francia por sus matrimonios con Manuel I de Portugal y, tras enviudar del portugués, con Francisco I de Francia. Isabel (1501-1526) que recibió el nombre de su abuela, la Católica, posiblemente la menos implicada en los asuntos de su hermano el Emperador por su matrimonio con Christian II de Dinamarca. María (1505-1558) casada con Luis II de Hungría, que fue gobernadora de los Países Bajos y Catalina (1507-1578) casada con el rey Juan III de Portugal. Los matrimonios de estas mujeres obedecieron a intereses políticos de Carlos que las utilizó para consolidar su poder en la Península y en Europa y por su apetencia por lograr el Imperio.

Pero junto a sus hermanas, las sobrinas del emperador Carlos también jugaron un papel importante, sobre todo en la política de los Reinos Hispanos y debe ser valorada pues colaboraron o fueron utilizadas primero por Carlos y, posteriormente, por su hijo Felipe II, tema que ahora sólo rozaré, para consolidar el dominio de la casa de Austria en Europa. La participación de estas mujeres no fue forzada en absoluto, ellas se consideraban participes de las actuaciones de los hombres de la familia, en este caso de Carlos, que les daban beligerancia y participación en la “cosa política”. El concepto

de monarquía absoluta en manos de una sola persona, un hombre, todavía no se había consolidado y, aunque ellos tenían prioridad en la ostentación del poder, también contaban con las mujeres de la familia para controlar la “res pública” y, por tanto, participar en la gobernación cuando era necesario. Carlos todavía es un caballero que mantiene bastantes formas medievales, acude a los problemas a caballo y con su tropa, y representa una concepción del poder totalmente diferente a la de su hijo Felipe II que bien en el Alcázar de Madrid o en el Monasterio de El Escorial espera, atiende y resuelve los problemas políticos. Considero que Carlos es un caballero medieval con concepción imperial.

2. LAS MUJERES DE LA FAMILIA DEL EMPERADOR

Posiblemente la sombra de Isabel la Católica fue un ejemplo para estas mujeres, que supieron seguir y aplicar en sus vidas la estela de la Reina. Y también la sombra de la minusvalorada Juana, que no tuvo apetencia por los asuntos políticos, aunque, sin duda, fue una intelectual, como ya he valorado en otros escritos, con intereses y preocupaciones que la diferencian de las mujeres de la Edad Moderna, mucho más constreñidas a lo doméstico. Isabel fue una personalidad preocupada por lo político y que gracias a su posición en lo público, Reina de Castilla, pudo desarrollar de forma eficaz y con éxito su pensamiento político e incidir en la sociedad. Mientras que a su hija Juana (1479-1556), reina de Castilla desde la muerte de su madre (1504) no le interesaba la política, cosa que su madre Isabel no llegó a comprender nunca; pero Juana tuvo una mayor preocupación por la cultura y valoró que tanto, primero su marido Felipe, luego su padre Fernando y, por fin, su hijo Carlos, estaban más interesados y mejor dotados para el gobierno y los asuntos públicos que ella. Y, por tanto, para el bien de la Corona y del Reino, era más conveniente que Carlos se hiciera con el poder tras la muerte de su padre Felipe I y Juana podría dedicarse, en Tordesillas, a los temas que más le interesaba, la lectura, la música, el debate religioso... Juana no estaba loca, fue una mujer culta, que intervino acertadamente en política cuando fue imprescindible para defender los derechos a la Corona de su hijo Carlos, que había sido educado para ejercer el poder y desarrollar el gobierno. Ella quería la compañía de sus hijas, la lectura, la música, las discusiones con intelectuales, Francisco de Borja (1510-1570) que fue uno de sus más fieles contertulios al final de su vida; pero Juana consideraba que el gobierno debían desempeñarlo personas que lo apetecían y que habían sido preparadas para ello, como Felipe, su marido, cuya prematura muerte conducía a Juana al ejercicio político que delegó gustosa en su hijo Carlos para los Reinos Hispanos. Tras la muerte de Carlos, el Imperio pasó a otro castellano Fernando, el otro hijo de Juana y, por tanto, hermano del Emperador, pero educado en Castilla por su abuelo Fernando el Católico.

Pero no todas las mujeres de la familia de Carlos I pensaban como Juana, y ahora voy a detenerme en algunas de ellas, sus hijas y nietas, que colaboraron muy activamente en la política y participaron, cuando fue necesario, en el gobierno de Carlos en la Península Ibérica. Estas mujeres fueron su esposa Isabel de Portugal (1503-1539) y sus hermanas Leonor (1498-58), Isabel (1501-526), posiblemente la que menos colaboró con el emperador pues la casaron con Christian II de Dinamarca, por lo que se alejó de Castilla, María (1505-1558) y Catalina (1507-1578), además su hermanastra Margarita de Parma (1522-1586). También las hijas de estas mujeres y, por tanto, nietas de Carlos I intervinieron decisivamente en la política castellana. Como es conocido Carlos fue fiel

a su mujer Isabel, por lo menos no tuvo ningún bastardo durante el tiempo que duró el matrimonio, pues Margarita de Parma había nacido antes del matrimonio con Isabel y don Juan de Austria, Jeromín, tras la muerte de la emperatriz.

Las nietas de Carlos también tuvieron una participación importante en el gobierno y, sobre todo actuaciones destacadas en la sociedad de su tiempo. Carlos respetó siempre a su madre y valoró su silencio en Tordesillas y su fidelidad en los momentos graves, como bien es sabido, por ejemplo cuando los Comuneros pretendieron utilizarla contra él. Juana era la Reina, heredera de su madre Isabel I, pero sus prioridades no eran el gobierno, ni el poder, que ella consideraba que debía desempeñar su hijo Carlos. No deben desecharse las especulaciones sobre la religiosidad de Juana y su pensamiento que no se adecuaba a lo estrictamente canónico, incluso se ha especulado sobre un posible acercamiento a los movimientos protestantes. Está constatado su rechazo en muchas ocasiones a la confesión y comunión. Todas estas mujeres aportaron inteligencia y buen gobierno en los reinados de sus padres, hermanos e hijos y debieron haber sido un ejemplo para algunas de las sucesivas reinas consortes en los siglos siguientes, ya en la Edad Moderna, poco preocupadas por lo político.

La dedicación de Isabel de Portugal a la tarea de su marido y la atención a sus hijas dio lugar a que todas estas mujeres fueran conscientes de su papel privilegiado en la sociedad y colaboraran en las tareas de gobierno en el reinado de Carlos I e incluso en el de su hijo y hermano Felipe II. Planteo la hipótesis, imposible de demostrar, de la transcendencia política y social de la participación en el gobierno de Castilla, de España, de estas mujeres y la solidaridad y buen entendimiento entre ellas, basada sin duda en los vínculos familiares. Todas ellas fueron conscientes de que debían desempeñar un papel transcendente, por ocupar los escaños más altos de la sociedad y tener la posibilidad de aportar formas de comportamiento nuevas. Ellas, en buena medida, dieron lugar a que los finales del siglo XV y la primera mitad del siglo XVI, el tránsito del Medievo a la Modernidad, el reinado del Emperador Carlos sobre todo, fuera una de las épocas más importantes de la Historia de España. Buena responsabilidad tuvo en ello, sin lugar a dudas, el Emperador, pero si todas estas mujeres, desde su madre Juana, que se apartó del gobierno cediéndolo a su primogénito, hasta las nietas de Carlos, sin olvidar a las hijas, incluso la habida fuera del matrimonio, Margarita de Parma, no hubieran sido mujeres preocupadas por la posición que ocupaban y las posibilidades que esto les daba en la sociedad, posiblemente la época de Carlos no hubiera sido, como fue, una de las más importantes de la Historia de España.

Junto a estas mujeres de la familia directa, que seguían la estela de la Reina Católica, su abuela, y sobre cuyas actuaciones insistiré en relación a Carlos, en la siguiente generación hubo otras mujeres bien conocidas, primas, nietas o sobrinas del emperador, que siguieron los pasos de Isabel I e intervinieron en el gobierno y en la sociedad. Ellas colaboraron activamente con el Emperador y dejaron con sus actuaciones una estela importante que difícilmente sus descendientes del siglo XVII siguieron. Sobre ellas, y sobre sus actos de gobierno en relación de Carlos me detendré, pues considero que la sombra del Emperador ha sido tan importante que no ha permitido valorar justamente que la estela de las dos Isabeles, la Católica y la Emperatriz, en sus hijas y nietas fuera transcendente y favoreció que los Reinos Hispanos tuvieran la importancia que, a partir de Felipe II, fue decayendo. En buena medida, esta influencia se debió a que el Emperador siguió el consejo de casarse con una mujer hispana, Isabel era portuguesa, hispana por tanto,

preocupada por el bien de sus reinos y consciente de sus posibilidades de intervenir en el gobierno. Pero esta práctica en otros matrimonios no fue seguida y las siguientes bodas, sin duda las de Felipe II, respondieron a intereses solamente políticos y los resultados no fueron tan encomiables como en el caso del Emperador. Voy a detenerme en algunas de estas mujeres que colaboraron en el gobierno con el Emperador y que tenían conciencia de su papel político en la sociedad. También, atendiendo a sus actos, se puede deducir que eran conscientes de que debían representar a la Corona y, en este caso, al poder del rey Carlos I. Son sus hermanas, sus sobrinas y algunas de sus nietas.

Y quiero insistir que la personalidad de Carlos, que ha sido estudiada y analizada desde diferentes planteamientos científicos y, sin duda, fue importante, aquí, en mi escrito, planteo la hipótesis que sin las colaboraciones señaladas de estas mujeres no lo hubiera sido tanto. Sin duda, la emperatriz Isabel no ha recibido una consideración semejante a sus méritos y tampoco han sido valoradas las dotes políticas de algunas de las otras mujeres de la familia del Emperador, las hermanas, hijas y nietas. Pero no debe olvidarse que no todas tuvieron interés por el poder político. Algunas como su madre Juana I, por ejemplo prefirió priorizar lo religioso y lo cultural, por lo que fue incomprendida por su madre la Reina Católica. La Reina Juana I fue una intelectual que no apeteció el poder, sino que descansó lo político en su hijo Carlos e, incluso, en su otro hijo Fernando, tras la abdicación del primero, como también hizo Carlos con su hermano al que priorizó en la ocupación del trono imperial. Juana, insisto, fue una intelectual, no comprendida ni por su madre Isabel, ni por su hijo Carlos, ambos ávidos de poder y dotados para el desempeño del mismo, de un poder que a Juana no le interesaba. Sobre su pensamiento religioso hay muchos puntos oscuros, cuyo contenido no ha preocupado aclarar, ni en el siglo XVI, ni en la actualidad y ha sido relegada al papel de loca. Solo se han preocupado algo de Juana los románticos del siglo XIX, se debe recordar el magnífico cuadro de Francisco Pradilla y Ortiz *Doña Juana la Loca* que se encuentra en el Museo del Prado, con la Reina junto al cadáver de su marido Felipe I. La “locura” de Juana, soslayando algunas actuaciones puntuales que habría que valorar en su contexto, no podía estar en consonancia con la guerra de religiones la persecución de luteranos y calvinistas, empeño del Emperador. Posiblemente todo ello la motivaba a quedarse en Castilla.

Ahora quiero plantear la hipótesis de que la transcendencia del siglo XVI hispano tiene su origen en Carlos I, también y en gran medida, en la emperatriz Isabel, que debió ser un ejemplo para sus hijas en lo relativo a participación y buen hacer en el gobierno del reino. Es imprescindible destacar también la labor de las nietas y biznietas, educadas todas en la estela de la bisabuela Isabel la Católica y de la madre y abuela de la emperatriz Isabel. Pero todas ellas siguieron la estela del Emperador de valoración de lo universal y con un fuerte sentimiento religioso, que trascendió a lo largo del siglo XVI. Y todas ellas solidarias de una empresa común en la estela, insisto, de las dos Isabeles, la Católica y la Emperatriz. Posiblemente los hombres de la familia no tuvieron la disposición y apetencia de poder de estas mujeres, si exceptuamos a Carlos I, la transcendencia de cuya obra, posiblemente no hubiera sido tanta, si no hubiera tenido la colaboración y participación, insisto, en los asuntos de gobierno de las mujeres de su familia: Isabel su mujer, sus hermanas Leonor (1498-1558), Reina de Portugal por su matrimonio con Manuel I y después con Francisco I de Francia, Isabel (1501-1526) casada con Christian II de Dinamarca, María (1505-1558), casada con Luis II rey de Bohemia y, la última hija, nacida tras la muerte de su padre, Catalina, casada con Sebastián I de Portugal, ella fue

quien estuvo en Tordesillas con su madre, cuya separación, para atender a los intereses políticos de su hermano Carlos fue traumática para la Reina Juana, que suplicó, lloró y protestó a su hijo el Emperador sin éxito. Todos estos matrimonios fueron decididos por el Emperador y obedecieron a intereses imperiales, no castellanos. Las hermanas, hijas, sobrinas y nietas obedecieron Carlos, a algunas de las cuales después me referiré. Todas siguieron la estela de las primeras. La primera boda con el Imperio, la de Juana, abrió un camino que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XVI. Los hombres de la familia, el desgraciado príncipe Carlos y el supervalorado Felipe II, a rebufo de la estela de su padre, no tienen la transcendencia de la obra del Emperador, cuya importancia considero que, en buena medida, se debe a la buena disposición, preocupación por lo político e inteligencia de sus hijas, hermanas y nietas, insisto, siguieron la estela de la emperatriz Isabel y mantuvieron, en la medida de sus posibilidades, los ideales del Emperador. Pero la mayoría de estas mujeres no han sido lo suficientemente valoradas y ni apreciada su dedicación a lo público, a lo político.

3. JUANA I. REINA DE CASTILLA (1479/1504-55)

Sin duda el Emperador heredó la apetencia y disposición para el gobierno de su abuela Isabel la Católica. En cambio, su madre Juana tuvo, a lo largo de su vida, otras prioridades y descansó el gobierno de Castilla, primero en su marido Felipe I y después en su hijo Carlos. Cuando murió Felipe I (1506), la preocupación de la Reina Juana era que su padre Fernando se hiciera cargo del gobierno de Castilla hasta que su hijo Carlos, que estaba en los Países Bajos, viniera a la Península a ocuparse de los asuntos políticos. Carlos no tuvo prisas por abandonar los Países Bajos. Sin duda confiaba en su abuelo Fernando, aunque no habían tenido demasiada relación y el Católico preferiera a su otro nieto, Fernando como él, también hijo de Juana y educado en Castilla. Pero Carlos se demoraba en regresar a Castilla para hacerse cargo del gobierno y Juana urgía a su padre pues el gobierno no era ocupación que interesara a la Reina, prefería la lectura, la música o las discusiones teológicas. La vida tranquila en Tordesillas con su hija Catalina, junto a las clarisas, mujeres cultas, que aunque se preocupaban de la ayuda a los necesitados, también valoraban la lectura y la discusión teológica. Insisto en que Juana fue una intelectual que no apetecía el gobierno, cosa que debió apesadumbrar bastante a su madre Isabel, cuyos objetivos eran muy diferentes a los de su hija. Bien es cierto que previamente a Juana habían tenido derechos a la Corona de Castilla su hermano Juan y su hermana Isabel, pero ambos habían muerto.

Felipe I, sin duda, no comulgaba con el desinterés de su mujer por lo político. Aunque ella era la Reina, él quiso intervenir en la política castellana. Fernando el Católico se retiró a sus estados de la Corona de Aragón. Pero Felipe I murió pronto (1516) y dejó la escena política, con arto pesar para Juana, que debía de responsabilizarse del gobierno, y, por supuesto, causando a la Reina, sin duda, un gran dolor. Posiblemente no tanto como en el Romanticismo se ha querido expresar, Juana como la figura de la viuda, inconsolable y enamoradísima del muerto, ofrecía a los románticos muchas posibilidades para escritores, pintores..., recordemos el magnífico cuadro de Pradilla, al que ya he hecho referencia. Pero la realidad de Juana I, reina de Castilla, como exigió siempre que se la considerara, era su falta de interés por lo político y su valoración de otras actividades, la lectura, la reflexión teórica... Tampoco Carlos I debió llegar a comprender muy bien la falta de interés por el poder de su madre, pero esto a él le abría la posibilidad de hacerse

con la Corona de Castilla, en vida de Juana, y, cuando su abuelo Fernando muriera, con la de Aragón. Parece que en algún momento el Católico pensó dejar como heredero de la Corona de Aragón a Fernando, su nieto castellano y por él educado, pero si esto fue así, no llegó a trascender.

Juana urgía a Carlos para que regresara a Castilla y se encargara del gobierno, cosa que al fin acaeció y visitó a su madre en Tordesillas (4.XI.1517). Juana fue feliz cuando Carlos regresó tras su estancia en los Países Bajos y aceptó la Corona Castellana. La Reina Juana entonces consideró que su misión política había acabado, la Corona de su madre Isabel la Católica estaba en buenas manos, las de su hijo Carlos, el futuro Emperador. Entonces la reina Juana se recluyó en Tordesillas con su hija más joven, Catalina, junto a las clarisas, dedicándose a la lectura, la música, el pensamiento filosófico y, sobre todo, la teología. Pues no debe olvidarse que Juana fue una intelectual, cosa que todavía no ha sido reconocido, ni suficientemente valorado. Hay que desechar la idea de Juana abandonada y olvidada en Tordesillas. Ella, por el contrario, recibía noticias de los acontecimientos y aquí la visitaban con cierta asiduidad sus hijos y nietos y algunas personalidades importantes que, por asuntos políticos, venían a Castilla.

4. LA PORTUGUESA ISABEL (1503-1539). REINA DE ESPAÑA Y EMPERATRIZ DE ALEMANIA

La boda de Carlos I, todavía no había accedido al Imperio, fue como todas las uniones de los reyes en aquellos tiempos un acuerdo político. La que fue mujer del emperador Carlos V, Isabel, como su abuela la Católica y como una de las hijas de la Reina castellana, nació en Lisboa (25.III.1503) y murió en Toledo con 36 años. Era parienta próxima del Emperador pues era hija del rey de Portugal Manuel I y de la castellana María, hija como Juana, la madre de Carlos, de los Reyes Católicos. En aquellos finales del siglo XV e inicios del XVI los enlaces matrimoniales entre las distintas familias reinantes en el Península Ibérica eran frecuentes, pues se pretendía una mayor unidad entre estos reinos y buenas relaciones entre ellos. Por tanto, desde 1518 se trató del enlace de Isabel con Carlos, hijo de la reina Juana I de Castilla, por lo que el matrimonio heredaría la Corona castellana. El contrato matrimonial se firmó el 17 de octubre de 1525. La licencia matrimonial, por el próximo parentesco, se concedió el 30 de enero del año siguiente. Superados todos los obstáculos Isabel partió para Sevilla y espero en los Reales Alcázares a su futuro marido. Parece que la atracción surgió en cuanto se vieron y la boda se celebró en aquel mismo lugar. El primer embarazo se presentó en seguida y de él fue fruto el futuro Felipe II (1527). Tras él nacieron varios hijos e hijas pero sólo llegaron a la mayoría dos hijas, María y Juana, y un hijo, Fernando, educado por su abuelo Fernando el Católico en Castilla, y otro hijo, Juan que apenas vivió un año. Fernando ocupó el Imperio tras la abdicación de su hermano Carlos. Las hermanas también jugaron un importante papel en las relaciones internacionales pues sus enlaces matrimoniales con personas de los distintos reinos europeos, daban poder y, en la mayoría de los casos, alianzas valiosas.

Durante los años que se mantuvo el matrimonio (1526-1539), hasta la muerte de Isabel a causa de un nuevo parto, parece que Carlos mantuvo fidelidad a su esposa. El emperador había tenido antes de casarse una hija bastarda que reconoció, Margarita de Parma, que tuvo buena relación con sus hermanastros y colaboró en asuntos políticos en beneficio de la política imperial de Carlos, el padre común, y de la casa de Austria. Tras la muerte de Isabel (1539) Carlos no volvió a casarse. No obstante, no olvidó a las

mujeres pues tuvo otro hijo bastardo, Jeromín, el famoso Juan de Austria, que colaboró con su hermano Felipe II en asuntos guerreros, posiblemente su personalidad era más semejante a la del emperador que la de su hermanastro Felipe II.

Isabel, la emperatriz, ha sido considerada como una reina ejemplar pues cumplió fielmente con la obligación que entonces tenían las mujeres de la realeza y la nobleza que era tener numerosos hijos, dada la alta mortandad infantil, para asegurar la sucesión dentro de cada familia. Pero, además, sus actuaciones se adecuaron a lo que cada momento político exigía. La emperatriz Isabel ha sido siempre recordada como una mujer discreta que colaboró en la medida de sus posibilidades en las tareas de su marido el Emperador y mantuvo buena relación con sus cuñadas, todas ellas mujeres preocupadas por la transcendencia del papel de Carlos y de los otros hombres de la familia. El trabajo de estas mujeres no quedaba reducido a dar hijos que recibieran la herencia paterna, sino a intervenir en la política en las ausencias del marido, hijo o padre para la mejora y bien del reino. El cuadro, que se encuentra en el museo del Prado de Madrid, que pinto Ticiano de Isabel, la presenta como una mujer bella y sosegada, quizá algo triste, se ha querido considerar que esta tristeza, se debía a las continuas ausencias de su marido, lo cual puede llevar a valorar el amor entre ambos esposos, teniendo en cuenta, como ya se ha indicado que, en vida de la Emperatriz, parece que Carlos no tuvo otros devaneos amorosos. Fue madre del futuro Felipe II y de las princesas María de Austria y Juana de Austria; tuvo otros partos de niños/as que murieron al nacer o a los pocos días y ella murió de parto sin que el emperador estuviera acompañándola en sus últimos momentos. La relación con sus hijos fue, por tanto, corta y quienes se encargaron de la crianza y educación de los hijos e hijas de la Emperatriz, a parte de las numerosas amas de cría, fueron las hermanas del Emperador. La abuela Juana, estaba en Tordesillas, y aquí recibía noticias, visitas... estaba al corriente de los asuntos de su familia que eran los del Reino

El interés de Juana por el gobierno fue escaso. Ella tenía otras prioridades intelectuales e, incluso religiosas, rechazaba a los clérigos tradicionales, mientras que gustaba de conversaciones teológicas con otros, como al final de su vida con el futuro San Francisco de Borja, que la visitaba regularmente en Tordesillas. Juana, sin duda, para su tiempo fue una intelectual que prefirió, antes que el poder, su retiro con las clarisas de Tordesillas, bien es cierto que ella tenía un espacio propio en el edificio, donde se sentía segura frente a los avatares políticos del siglo XVI. Ella confió el poder primero en su marido Felipe I, tras su muerte (1506), en su padre Fernando (1507) y, tras la muerte del Católico (1516), en su hijo Carlos.

Tanto Isabel, la dulce esposa portuguesa del Emperador, como su madre la castellana Juana, pensaban que el reino y el gobierno debía ser gestionado por hombres y ellas sólo debían intervenir cuando se precisara su colaboración y no hubiera otra posibilidad. Pero todas, la Reina Juana, la Emperatriz Isabel y las hijas de ambas, tenían conciencia del lugar que ocupaban en la sociedad política y de que su situación dentro de la familia real, las obligaba a ser conscientes de su responsabilidad. No olvidaba el ejemplo de Isabel la Católica. Juana rechazó el poder, pero esperó a manifestar esta decisión a que estuviera ejercido por las personas adecuadas, su marido Felipe, su padre Fernando y, por último, su hijo Carlos. Ella tenía otras preocupaciones que consideraba superiores, pero también demostró que, en los momentos precisos, supo comportarse como exigía su condición de hija de Reina y madre del Emperador. Considero como hipótesis, como ya he escrito en otros lugares. que Juana fue una intelectual con ideas propias, preocupada por cuestiones

religiosas, que no se correspondían con lo canónico en aquel momento. Esta era su prioridad, además del amor a sus hijos e hijas. No la interesaba el ejercicio del poder, no por ser mujer, sino porque ella priorizaba la sabiduría.

5. LAS HERMANAS, HIJAS Y ALGUNAS NIETAS DEL EMPERADOR

La Reina Juana además del Emperador tuvo otro hijo, Fernando (1503-1564) que ocupó el Imperio a partir de 1558, tras la muerte de su hermano Carlos. Era el nieto predilecto de Fernando el Católico, pero terminó sus días en Viena, mientras que el Emperador Carlos los terminaba en Castilla, en Yuste. Fernando el Católico, incluso, pretendió en algún momento que su nieto Fernando heredara sus territorios personales, es decir la Corona de Aragón. Esto hubiera supuesto la ruptura de la unidad en la persona de los reyes sucesivos, no la unidad en los reinos Hispanos, sobre la que había discrepancias, pues se mantuvieron separados hasta el siglo XVIII.

Las hijas de Juana fueron Leonor (1498-1558) que fue Reina de Portugal por su matrimonio con Manuel I el Afortunado, sus relaciones con Juana, fueron satisfactorias. Tras ella nació Carlos, el futuro Emperador (1500-58), que siempre respetó a su madre y la visitó en Tordesillas con cierta frecuencia, aunque su falta de interés por el poder no le satisfacía. Ella hubiera sido una gran ayuda para la Emperatriz en las múltiples ausencias de Carlos de Castilla. Tampoco la hermana de Carlos, Isabel (1501-26) como su abuela materna, colaboró en los asuntos hispanos de gobierno de su hermano, no obstante aceptó el matrimonio con el rey Christian II de Dinamarca, que convenía a la política imperial de Carlos. El cuarto hijo fue Fernando, como su abuelo el Católico, que acabó ocupando el Imperio a la muerte de Carlos. Las últimas fueron dos hijas, María (1505-1558) casada con Luis II rey de Hungría y Bohemia y Catalina (1507-1578), que nació al poco de la muerte de su padre Felipe I y fue la más longeva. Carlos decidió, por motivos políticos, su boda con el rey Juan III de Portugal. Ella fue quien permaneció junto a su madre Juana en Tordesillas y la separación fue muy triste para ambas. La boda de Catalina decidida por Carlos para mantener las buenas relaciones con Portugal, contrarió a Juana, a la que la separación de su hija causó un terrible dolor, pues no se había separado nunca de ella. Por esto se opuso a la boda, aunque no tuvo éxito en sus súplicas a Carlos para mantenerla en Tordesillas. Las razones de Estado pesaron en Carlos más que el dolor de su madre. Pero no debe olvidarse, como frecuentemente se ha hecho, que sus hijas visitaban asiduamente a Juana en Tordesillas, también Carlos y Fernando cuando estaban en Castilla. No estaba abandonada, ni prisionera, ni rechazada, como en el Romanticismo se ha querido insistir.

Junto a las hermanas de Carlos, pronto empezaron a intervenir en cuestiones políticas las hijas del Emperador e incluso la primogénita, Margarita de Parma (1522-86) que nació antes de la boda con Isabel y colaboró fielmente con su hermano. Carlos e Isabel fueron padres de Juana de Austria (1522-30) de corta vida, del futuro Felipe II (1527-98), de María (1528-1603), de Fernando (1530), de Juana de Austria (1535-73) y de dos de niños de nombre Juan (1537-38 y 1539) que vivieron muy poco tiempo, el nombre de Juan parecía tener un maleficio. El respeto de Carlos por su madre se manifiesta en su insistencia en tener una hija llamada Juana. Felipe II fue el heredero de los Reinos hispanos. El parecido con su padre es escaso. Mientras Carlos fue un rey de finales de la Edad Media, un rey medieval que acudía a caballo donde estuvieran los problemas, Felipe inicia la Modernidad, se encierra primero en el Alcázar de Madrid y después

en el Monasterio de El Escorial y desde su despacho atendía los problemas políticos, rodeado de escribientes. Su vida trascurrió fundamentalmente en estos espacios desde los que se enfrentaba e intentaba resolver los problemas que acaecían en el resto de sus reinos, nada que ver su actitud con la de su padre el Emperador. Es un cambio de ciclo, del rey medieval a caballo tras los problemas, como Carlos, al rey de la Modernidad, que era un burócrata, en el caso que se ocupara de la política, delegaba los problemas en los secretarios, pues ese era su oficio.

Las hermanas de Carlos, María y Juana, tuvieron una presencia importante en el acontecer político del siglo XVI, el Emperador les encomendó importantes cometidos por causa de sus frecuentes ausencias de Castilla. Ambas parecen haber heredado la influencia de la abuela, Isabel la Católica, en la preocupación por la cosa pública. También de su madre, aunque ella no vivió demasiado tiempo, y, sobre todo, tuvieron la influencia del Emperador. Fueron fieles ayudantes y seguidoras de las políticas de Carlos. María (1528-1603) fue casada con su primo el emperador Maximiliano II, a la muerte de éste (1576) regresó a España y se retiró al monasterio de las Descalzas Reales, fundado (1559) por su hermana menor Juana de Austria, y allí vivió hasta el final de sus días. María fue madre de numerosos hijos e hijas, entre ellos Ana de Austria, la última esposa de Felipe II y, por tanto, madre del rey Felipe III de España y también de dos emperadores, Rodolfo II y Maximiliano III. Tras la muerte de su marido pugnó por regresar a España. Aquí se sentía feliz de vivir en un “país sin herejes”. Se retiró, en Madrid, al monasterio de las Descalzas Reales fundado por su hermana Juana de Austria, tras su viudedad. Se dedicó a cuestiones religiosas y a la música, fue mecenas de Tomás Luis de Vitoria y de los hermanos Argensola. Su vinculación y mecenazgo con el monasterio de las Descalzas fue importante. Bien es cierto que no llegó a profesar, aunque se han hecho especulaciones sobre ello, pero su vinculación fue mucha y allí dejó encargado que la enterraran,

Juana de Austria (1532-1573) fue madre del rey portugués don Sebastián. Al enviudar del infante portugués Juan Manuel regresó a España (1554), llamada por su padre el Emperador que estaba decidido a abdicar. A ella en Portugal sólo le unía el haber sido madre del infausto don Sebastián. Por tanto, pronto se desatendió de los asuntos portugueses y volvió a Castilla, residiendo en Madrid y en El Escorial, con su padre y hermanos. Estaba tutelada por su confesor el futuro San Francisco de Borja, con cuya ayuda colaboró en la fundación de varios conventos en Madrid, el más importante el de las Descalzas Reales, por su transcendencia en la Historia de la Villa de Madrid y por las mujeres de la realeza que lo habitaron en los inicios de la Edad Moderna, todas ellas en la estela de la familia imperial. Es destacable la devoción de Juana, derivada de su estrecha relación con Francisco de Borja, que tuvo como consecuencia una importante obra religiosa y cultural, puesto que el monasterio de las Descalzas fue un espacio de sabiduría, de música, de estudio... Todo ello dio lugar a que, es posible, que Juana fuera aceptada, por mediación de Francisco de Borja, en la Compañía de Jesús, espacio totalmente masculino, siendo ella la única mujer que ha tenido esta consideración.

Toda esta obra realizada por las hijas de Carlos, todavía se mantiene en las mujeres de la siguiente generación, pues algunas de las nietas del Emperador, siguieron la estela de Isabel la Católica, son mujeres preocupadas por lo religioso, también por la cultura y no tienen empacho en intervenir en los asuntos de gobierno cuando fuera necesario. La estela de la bisabuela Isabel I de Castilla no se había perdido con estas mujeres. También Isabel Clara Eugenia o Catalina Micaela, las hijas de Felipe II e Isabel de Valois son buen

ejemplo de ello. Se consideran capacitadas para la cosa pública, para el gobierno, aunque según avanza la Edad Moderna sus posibilidades de actuación se van constriñendo. Por ello, la solidaridad entre madres, primas, hermanas, cuñadas y nietas, como he ido indicando, las facilitaba actuar en lo público, que cada vez les era menos propicio, según avanzaba la Modernidad. Las posibilidades, los rasgos, la decisión de las mujeres del fin de la Edad Media, que Isabel la Católica había representado, fueron cada vez menores. Ellas buscaban nuevos espacios de actuación, sobre todo en lo religioso, pero siempre se manifiestan propicias a ocuparse de cualquier asunto de gobierno que se les encomendara. Pero son conscientes que lo relacionado con lo religioso, también con la música, son espacios posibles de actuación y ellas los saben utilizar perfectamente.

El monasterio de Madrid de las Descalzas Reales es la prueba manifiesta de esta situación. Isabel I de Castilla y la emperatriz Isabel de Portugal dieron los primeros pasos para ocupar espacios de poder, pero según avanzaba la Edad Moderna, la situación fue cambiando y estas mujeres debieron ir soslayando su interés por lo política y, por ello, se dedicaron con mayor denuedo a lo religioso, a la cultura, a la música, a la lectura e, incluso, a la escritura, todas estas mujeres que he señalado, y otras tantas no tan conocidas, utilizan estos espacios, pero siguen la estela del Emperador que confió ampliamente en la Emperatriz Isabel, en sus hijas también, aunque en menor medida, de Felipe II, con sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela. Pero toda esta participación femenina se fue diluyendo lentamente y estas mujeres de la realeza, si querían tener transcendencia, fuera de su papel como reproductoras de la familia, sólo podían encontrarla en lo religioso y, en menor medida, en la música. Pero lo político, que sus abuelas y madres supieron administrar, en la Modernidad, dejó de ser espacio de mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

- Cristina Segura (1994): *Las sabias mujeres de la Corte de Isabel la Católica*, “Las sabias mujeres”, Madrid, 175-187.
- (2000): *Las mujeres y el poder. Representaciones y prácticas de vida real en Castilla*, “Las mujeres y el poder real en Castilla. Finales del siglo XV principios del siglo XVI”, Madrid, 135-146.
- (2002): Las Reinas castellanas en la Baja Edad Media, “IV Encuentros de Frontera. Tradiciones y leyendas”, Alcalá la Real, 519-533.
- (2002): Las mujeres en la época de Isabel la Católica, “Sociedad y Economía en tiempos de Isabel la Católica”, Valladolid, 183-200.
- (2003): *La utilización política de la imagen de la Reina Juana I de Castilla*, “Representación, construcción e interpretación de la imagen visual de las mujeres”, Madrid, 173-189.
- (2003): *Isabel I, Reina de Castilla*, “Boletín del Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados”, 2-10.
- (2004): *La educación en la Corte de Isabel I de Castilla*, “XII Coloquio Internacional de AEUHM. Mujeres y Educación: Saberes, prácticas y discursos”, Sevilla.
- (2004): *Diego Clemencín. Elogio de la Reina Católica doña Isabel. Estudio preliminar*, Granada, 622 pp.
- (2004): “Elogio de la Reina Católica” de Clemencín y la historiografía liberal, “El Fingidor”, 11-12 y 22-23.
- (2004): *Isabel, Reina de Castilla y mujer de su época*, Isabel la Católica y Granada. V Centenario, Granada, 39-45.
- (2005): *Utilización historiográfica de la figura de Isabel la Católica*, “Temas de Historia de España. Homenaje al profesor don Antonio Domínguez Ortiz”, Asociación Española de Profesores, 137-147.
- (2006): *Las mujeres en la época de Isabel I de Castilla*, “Anales de Historia Medieval de la Europa Atlántica”, 1, I, 161-187.
- (2007): *Utilización de Isabel de Portugal en la educación y formación política en su hija Isabel I de Castilla*, Universidad de Valladolid, 319-333.
- (2013): *Las mujeres mediadoras y/o constructoras de la Paz*, “Guerra y Paz en la Edad Media, Madrid, 421-438.
- (2013): *Las mujeres medievales. Perspectivas historiográficas*, “Las mujeres en la Edad Media, Valladolid, 33-54.
- (2014): *La figura de Isabel la Católica en la Historiografía del siglo XVI*, “El poder de la Historia. Huella y legado de Javier Donezar Diez de Ulzurum”, Madrid, II, 69-79.

Obras de carácter general, exceptuada la bibliografía sobre Carlos I/V.

Bethany Aram (2001): *La Reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, 358 pp.

Diego Clemencín (1821): *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*, Madrid, 622 pp. Granada, MMIV edición facsimil, Estudio preliminar por Cristina Segura, XLIX pp.

Peggy K. Liss (1998): *Isabel la Católica*, Madrid, 383 pp.